

Historias  
de las cuencas

Mira &  
Mataje  
Colombia



## “El territorio es libertad”

Nire Maritza Landazuri, 36 años  
Cuenca Baja del río Mira - Tumaco  
(Nariño, Colombia)

En su adolescencia, Maritza organizaba mingas en su vereda. Compartir y defender los intereses de su comunidad es un ideal que la ha acompañado siempre, especialmente ahora que es la presidenta del Consejo Comunitario Bajo Mira y Frontera, y está cambiando la historia al convertirse en la primera mujer en liderar el Consejo. “Siento unas ganas enormes de poder orientar a las mujeres y de que entendamos que este mundo es nuestro y que tenemos todas las capacidades para hacer de él un lugar mejor”, asegura.

Ese gran sueño de cambiar el mundo empieza, por supuesto, en Bajo Mira y Frontera, que forma parte de un territorio compartido por dos países: Colombia y Ecuador. El mismo que se extiende por 46.000 hectáreas donde conviven más de 10.000 habitantes entre manglares y costas que convergen en el último brazo del río Mira, antes de fundirse con el océano.

Como Maritza, las comunidades de Bajo Mira y Frontera son conscientes de que cuidar su territorio empieza por proteger su riqueza natural, base de su cultura. Por eso se han propuesto la conservación de los bosques de manglar y guandal, con la producción y comercialización de cacao fino y la pesca responsable.

“Mi territorio huele a manglar, a brisa fresca, a concha, a pescado, a calidad humana, a ese sabor que llevas en la sangre, y que al llegar aquí no te cambias por nada, que es Pacífico... El territorio es libertad”, comenta.

Y aun cuando vivir en un territorio binacional es complejo, Maritza seguirá trabajando por desarrollar espacios conjuntos para llegar a acuerdos con “los hermanos del otro lado de la raya”, como ella cariñosamente llama a sus vecinos de Ecuador.



## “La naturaleza es como los Awá, no tiene fronteras”

Olivio Bisbicús, 44 años  
Reserva Natural Inkal Awá  
La Nutria Piman de la Unipa  
Cuenca Media del río Mira  
(Nariño, Colombia)



**I**nkal Awá, en lengua awapit, significa “gente de la selva”.

Ese es el pueblo de Olivio, una familia de 40.000 miembros que se extiende por Colombia y Ecuador, reunidos en tres organizaciones en Colombia (Unipa y Camawari, Nariño, y Acipap, Putumayo) y una en Ecuador (FCAE). Las cuatro constituyen la Gran Familia Awá Binacional.

“Para nosotros los awá, el territorio y la madre naturaleza es un espacio de vida; de ella somos, de ella venimos y cuando nos vamos, nuestros espíritus se quedan viviendo en el territorio”. Así explica Olivio, coordinador de Territorio y Biodiversidad del Resguardo Indígena El Gran Sábalo, la relación que existe entre su pueblo y la biodiversidad que lo rodea.

La Reserva Natural Inkal Awá La Nutria Piman de la Unipa, que pertenece al resguardo donde vive Olivio, es un territorio de gran importancia en varios aspectos. Sus 360 hectáreas son parte del Sistema Departamental de Áreas Protegidas de Nariño y preservan las fuentes de agua que abastecen al corregimiento El Diviso, en el municipio de Barbacoas. Además, tienen uno de los colegios de educación propia donde los niños y las niñas recrean las costumbres y la cultura awá y conocen la riqueza de su territorio.

Olivio sueña con la permanencia de su pueblo. Anhela que se mantenga ese conocimiento, que sus derechos no sean vulnerados y que las futuras generaciones sigan defendiendo el territorio, la vida y la cultura. “Queremos ser reconocidos por los gobiernos de los dos estados y que el mundo sepa que existimos en este territorio. Los animales, las plantas, los árboles no conocen de fronteras. Así como los ríos Mira y Mataje se unen en uno solo, somos nosotros los awá”, concluye.

Historias  
de las cuencas

Mira &  
Mataje  
Ecuador

## “Cuidar el páramo nos engrandece”

Irene del Carmen Enríquez, 42 años

Cuenca Alta del río Mira  
- Comuna La Libertad  
(Carchi, Ecuador)



Entrar a su casa, ubicada cerca del páramo El Ángel, es llegar a un gran huerto donde abundan la lechuga, el tomate, el melloco (ulluco) y la acelga. Lo construyó hace unos años cuando participó en un proyecto sobre conservación de páramos y cambio climático, al que invitaron a varias personas a tener su huerto casero como una estrategia de adaptación.

“Para mí significa vida. Nosotros mismos sembramos, sin químicos y para nuestro propio consumo”, cuenta Irene, una de las mujeres que atendió al llamado. Hay que cuidar este ecosistema y no ampliar la frontera agrícola hacia zonas más altas. El huerto, además, tenía otro propósito: iniciar un registro climático.

Gracias a esta iniciativa, treinta personas se capacitaron para realizar un ejercicio de monitoreo del clima. Algunos ya lo han abandonado, pero otros, como Irene, siguen comprometidos. Todos los días ella toma nota en un cuaderno. “No tenemos grandes cosas, un termómetro y un pluviómetro, pero lo más importante es que tomamos

el registro con base en nuestra percepción: demasiado frío o mucho calor”.

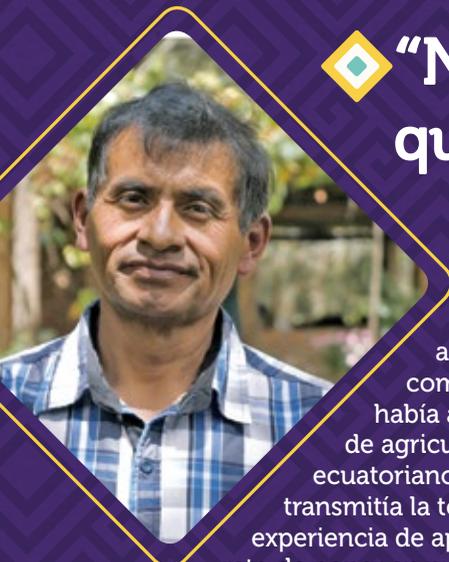
El clima ha cambiado y la comunidad lo sabe. “Antes teníamos meses marcados, sabíamos cuál era la época de lluvia y el tiempo seco para las cosechas”, agrega Irene. Lo cierto es que la información que recolectan cada vez es más valiosa, pues les ayuda a planificar y a prepararse para eventos como las heladas.

Para Irene es muy grato saber que en los páramos que visita cada mañana, luego de ordeñar sus dos vacas, inicia el camino del agua que baña el resto de la cuenca del río Mira: “Nosotros nos sentimos orgullosos del páramo y de conservarlo, de ser fuente de vida para otras comunidades. Cuidar y preservar nos engrandece más”.

## “No hay río que nos separe”

William Aldemar Néjer, 49 años

Pueblo Viejo, parroquia García Moreno,  
cantón Bolívar Cuenca Alta del río Mira  
(Carchi, Ecuador)



En 2010, luego de estar 17 años lejos, Aldemar y su familia decidieron regresar a su tierra natal. Él, como técnico de campo, había asesorado a decenas de agricultores en el norte ecuatoriano. Aunque conocía y transmitía la teoría, no había vivido la experiencia de aplicarla. Esto le planteó el reto de poner en práctica lo que había enseñado y comprender sus limitaciones.

“Entonces nos vino la idea de adquirir esta propiedad, pero con fines de transformarla. Queríamos hacer algo donde las condiciones fueran adversas”. Así fue como compró un terreno de 1,4 hectáreas que no tenía agua, con suelos degradados por erosión y monocultivos de papa y, además, con un clima muy frío.

Había una sola condición a favor: cuando llovía, tenían agua. Por eso, decidió empezar a sembrar árboles, una

práctica que denominó “siembra de agua”. “Sabemos que el bosque atrae lluvias, pero, además, los árboles nos ayudaron a crear un microclima agradable”. Luego, usando curvas de nivel, ayudó a que el agua se distribuyera por el terreno e hizo un reservorio. A esto le llamó “cosecha de agua”.

Así nació la Finca Agroecológica y Familiar Mano de Agua, que hoy produce alimentos no solo para consumo de Aldemar y su familia, sino para vender sus excedentes y vivir de ello. Aldemar se ha convertido en un productor agroecológico y en guardián de semillas. Parte de su tarea es intercambiarlas, tal como lo hacían sus ancestros.

“Hemos organizado algunas ferias para promover este intercambio. En Túquerres nos contaron que nuestros antepasados también lo hacían a través de este páramo; era la manera de refrescar la semilla y mantener vivo el vínculo entre la gente de Colombia y la de Ecuador, como un solo pueblo. No hay límite ni río que nos separe”.